



Irène Némirovsky

EL BAILE

Traducción de José Ramón Monreal

EDICIONES  INVISIBLES



La señora Kampf entró en la sala de estudios cerrando tan bruscamente la puerta tras de sí, que la araña de cristal sonó con todas sus almendras agitadas por la corriente de aire, con un sonido nítido y ligero de cascabel. Pero Antoinette no había dejado de leer, inclinada tan bajo sobre el pupitre que sus cabellos tocaban las páginas. Su madre la observó un momento sin decir palabra; luego fue a plantarse delante de ella con las manos cruzadas sobre el pecho.

—Podrías molestarte cuando ves a tu madre, hija mía —exclamó—. ¿No? ¿Acaso tienes el trasero pegado a la silla? Vaya distinción... ¿Dónde está miss Betty?

En la habitación contigua, el ruido de una máquina de coser marcaba el compás de una canción, un *What shall I do, what shall I do when you'll be gone away...* canturreado por una voz sin preparación y fresca.

—Miss —llamó la señora Kampf—, venga para aquí.

—*Yes, Mrs. Kampf.*

La inglesita, con las mejillas rojas, los ojos de pasmo y dulces, y un moño color de miel recogido en torno a su cabeza pequeña y redonda, se coló por la puerta entreabierta.

—La he contratado —empezó en tono severo la señora Kampf— para que vigile e instruya a mi hija, ¿no es así? No para que se cosa usted vestidos... ¿Es que no sabe Antoinette que debe uno levantarse cuando entra mamá?

—¡Oh! *Ann-toinette, how can you?* —dijo la miss con una especie de enristecido gorjeo.

Antoinette ahora estaba de pie y se balanceaba torpemente sobre una pierna. Era una chiquilla alta y fina de catorce años, con el semblante pálido de esta edad, tan magro de carnes que parecía, a los ojos de las personas mayores, como una mancha redonda y clara, carente de rasgos, con los párpados caídos, ojerosos, y una boquita cerrada... Catorce años, los senos que pujan ya bajo el estrecho vestido de colegiala, y que hieren y molestan al cuerpo dé-

bil, infantil..., los grandes pies y esas largas zancas que terminaban en una mano enrojecida en el extremo, de dedos manchados de tinta, y que un día podrían convertirse en los brazos más bellos del mundo, ¿quién sabe?... una nuca frágil, los cabellos cortos, descoloridos, secos y ligeros...

—Comprende, Antoinette, que hay para desesperarse con tus modales, pobre hija... Siéntate. Entraré de nuevo y me harás el favor de levantarte inmediatamente, ¿entendido?

La señora Kampf retrocedió unos pasos y abrió la puerta por segunda vez. Antoinette se enderezó con lentitud y con una mala gana tan evidente que su madre preguntó vivamente, apretando los labios con un aire amenazador:

—¿Molesto, por casualidad, señorita?

—No, mamá —dijo Antoinette en voz baja.

—Entonces ¿por qué pones esa cara?

Antoinette sonrió con una especie de esfuerzo cobarde y penoso que deformaba dolorosamente sus rasgos. A veces odiaba tanto a las personas mayores que habría querido matarlas, desfigurarlas, o bien exclamar: «Me fastidias», con una patalleta; pero te-

mía a sus padres desde su primera infancia. Antes, cuando Antoinette era más pequeña, su madre la sentaba a menudo sobre las rodillas, contra su corazón, la acariciaba y la abrazaba. Pero eso Antoinette lo había olvidado, mientras que había guardado en lo más profundo de su ser el sonido, los estallidos de una voz irritada pasando por encima de su cabeza: «Esta niña que anda siempre en medio», «¡Has manchado una vez más mi vestido con tus sucios zapatos! ¡Al rincón, así aprenderás, ¿me has oído?, ¡pequeña imbécil!». Y un día..., por primera vez, ese día había deseado morir. En una esquina de la calle, durante una escena, esa frase llena de furia, vociferada tan fuerte que los transeúntes volvieron la cabeza: «¿Quieres que te dé un guantazo? ¿Sí?», y la quemazón de una bofetada... En plena calle... Tenía once años y era alta para su edad... Los transeúntes, las personas mayores, no significaban nada... Pero, en ese mismo instante, unos chicos que salían de la escuela se habían reído de ella al verla: «¿Y ahora qué, guapa?». ¡Oh!, esas risas maliciosas que la perseguían mientras caminaba, con la cabeza gacha, por la calle oscura del otoño... Las luces bailaban a través

de sus lágrimas. «¿No has terminado de lloriquear?... ¡Oh, qué carácter!.. Cuando te corrijo es por tu bien, ¿o no? ¡Ah!, y luego no empieces de nuevo a ponerme nerviosa, te lo aconsejo...» Una gente asquerosa... Y ahora, encima, lo hacían expresamente para atormentarla, torturarla, humillarla, se ensañaban de la mañana a la noche: «¿Qué manera es esa de coger el tenedor?» (delante del criado, Dios mío), o «Mantente derecha. Al menos, no des la impresión de ser jorobada». Tenía catorce años, era una jovencita y, en sus sueños, una mujer amada y bonita... Los hombres la acariciaban, la admiraban, como en los libros André Sperelli acaricia a Hélène y Marie, y Julien de Suberceaux a Maud de Rouvre... El amor... Se estremeció. La señora Kampf concluía:

—... Y si crees que te pago a una inglesa para que tengas esos modales, estás muy equivocada, niña... —Y más bajito, mientras alzaba un mechón que tapaba la frente de su hija, añadió—: Te olvidas siempre de que ahora somos ricos, Antoinette... —Y volviéndose hacia la inglesa—: Miss, tengo muchos encargos para usted esta semana..., doy un baile el 15...